

## El Bálsamo del Cura de Tembleque

Los curas y los médicos se han ido separando torpemente. En un principio estuvieron mas unidos y seguramente fueron la misma cosa en muchas ocasiones, hecho muy natural porque aún ahora mismo no es tan fácil ni tan radical la separación, al menos para los viejos que siguen con la costumbre de entenderse cara a cara, compenetrarse y ayudarse en la medida de lo posible.

Muchas veces, muchísimas, el médico maduro hace el mayor bien, escuchando al enfermo como en confesión y dándole un consejo en lugar de una receta y ¿qué es lo que hace el sacerdote en fin de cuentas? ¿podría extrañar a nadie que en ciertos momentos, llevado de su mejor voluntad, quisiera hacer una receta o al menos apuntar un específico en el papel más próximo, como un curandero cualquiera?.

Cuando los remedios eran más caseros y el farmacéutico estaba siempre en su oficina actuando según arte o acompañado en la rebotica con el cura, el médico, el albéitar, el maestro y los escribanos, ¿puede sorprender que el cura, desasosegado por los condolimientos de sus penitentes, quisiera darles un alivio en sus dolencias además de confortarles el espíritu y con esa altura de miras se pusiera a elaborar complicadas fórmulas como las que veía de confeccionar al señor farmacéutico?.

Sobre ello caen además los factores personales y los del cura de Tembleque debieron ser de los más relevantes para haber dejado su nombre en la historia médica de la antigüedad como preparador de un bálsamo que fuera como mano de santo para las relajaciones y dolencias, que no han variado, porque el hombre se seguirá quejando hasta que se muera y los remedios se seguirán aplicando mientras el mundo sea mundo. Puede que no haya otro remedio médico de tanta celebridad en la medicina manchega y ahora mismo, que tanto sabe la gente, a ver quien alza el dedo.

¡Y es que había cada bálsamo!...

En eso se ha perdido mucho, aunque su eficacia está bien a la vista, cae un jugador en el campo de fútbol como muerto o dando pataletas. Llega el ministrante, le da una embrocación de bálsamo y sale corriendo, aunque sea a pata coja. La diferencia es que lo de ahora está hecho en la perfumería Gal y entonces lo hacía Don Hilarión en Puerta Cerrada con más sal que nadie. Todo el mundo lo creía así y lo comparaba con cualquier motivo y muchas veces, el tío Bernardo Campo, que no había que comérselo de vista, subía a mi casa a catar el vino para ajustarlo, se ponía con el vaso de prueba al salir de la puerta de la bodega, lo miraba al trasluz, metía la nariz en el vaso, echaba un sorbo, se enjuagaba, lo escupía, chascaba la lengua y le decía a mi padre:

—José, ésto es bálsamo, pónlo en prueba y si se queda, mañana lo ajustamos, que no reñiremos.

Luego el bálsamo ha sido siempre una cosa buena, pero que muy buena y el del cura de Tembleque, que se hacía en la botica real, eficacísimo y vulnerable, es decir, reco-